

art buchwald

CUANDO MUERE UN AMIGO

WASHINGTON.—Cuando muere un amigo, y el senador Robert F. Kennedy lo era mío, llegan los recuerdos en una sensación confusa de película, sin un orden concreto. La cámara enfoca Hickory Hills y Bobby Kennedy aparece caminando, sumido en profundos pensamientos. De pronto, toma un balón de fútbol y se lo lanza a su hijo de doce años, David. Minutos más tarde, todos los huéspedes están empeñados en un fiero juego con los Kennedy, incluida Ethel, actuando como si fuera el encuentro más importante del mundo.

Otra escena: Bobby vestido de etiqueta, hablando apasionadamente acerca del futuro de la nación. Señala con el dedo y dice: "Tenemos que hallar respuesta a los problemas del país, no sólo para nosotros, sino también para nuestros hijos y nietos. No podemos seguir como estamos".

Luego vemos a Bobby en su jardín, en donde se celebra una exposición de animales domésticos. "Brumus", su hermoso "Terranova", comete la mayor indiscreción, rociando inesperadamente el almuerzo de una dama. Bobby corre hacia su biblioteca antes de que la dama se dé cuenta de lo que ha ocurrido.

Ahora vemos la biblioteca, la noche anterior al anuncio de que Bobby buscara la candidatura presidencial. Ted Sorensen lee un borrador del anuncio que comienza diciendo: "He decidido ser candidato a la presidencia de los Estados Unidos". Bobby, riendo, dice: "Vaya, Ted, ¿tengo que decir realmente eso?".

Otra escena, ahora en el río Colorado. Bobby se encuentra sobre un colchón neumático que está atravesando las corrientes. El resto de las comitivas va en balsas. El encargado de los botes grita: "Senador Kennedy, no pase las próximas corrientes, son muy peligrosas". Pero Bobby no regresa al bote. Las gentes de las balsas le gritan: "No lo haga, Bobby". Pero él, sonriendo, atraviesa las corrientes. Todo el mundo aplaude.

Otra escena: en el Gran Cañón del Colorado. Bobby habla sobre la situación de los indios en esa región y cómo han sido ignorados por el resto del país. Habla con profunda convicción.

Ahora estamos en Hyannis Port. Hay una regata de veleros y Bobby es el piloto de uno de ellos, con dos tripulantes. Una pareja de adolescentes maneja otra embarcación que pasa rozando la suya y Bobby grita, enojado: "Tengo prioridad de paso". Los jóvenes contestan: "Mala suerte", y Bobby grita otra vez: "Protestaré ante los jueces". Una regata no es cosa de broma. Y hay silencio durante el resto de la competición.

Ahora, una escena que muestra a Bobby jugando con sus niños, sobre la alfombra. Luego lo vemos caminando por una playa al atardecer. Después aparece sentado en el suelo de su comedor, con el teléfono en la mano, regañando a un auxiliar por decir algo que no debe decirse. Y se le oye decir: "Soy el único en la política norteamericana que tengo en contra a la vez a obreros y patronos".

Luego se le ve en los funerales de un productor de televisión, muerto en Jordania, consolando a la viuda. Después aparece en el Club de Prensa de Washington discutiendo algunos chistes. "Ustedes saben que yo no puedo decir eso contra Lyndon Johnson", indica.

Luego, Bobby y Ethel y Ethel y Bobby y Bobby y Ethel... Las imágenes son tan rápidas que cuesta fijarlas en la mente. Y, finalmente, la última escena, sólo que ahora la cámara está en una pequeña pantalla de televisión y uno mira, resistiéndose a creerlo, cómo el amigo yace en el suelo, en el pasillo que conduce a la cocina de un hotel de Los Angeles. Y uno sabe, sin ver los títulos, que éste es el FIN.

(Copyright 1968, The Washington Post Co.-Distribuido por Editors Press Service Inc.-Agencia Zardoya.)

cional de Cámara, oficialmente existente desde hace años—, el Premio Carlos Arniches, convocado bianualmente por el Ayuntamiento de Alicante, es un ejemplo de serena supervivencia y aun de prestigio acrecentado. Ahí está el Premio de hace dos años, «Mi guerra», obra cuya importancia crece con el paso de los meses, obra sólo estrenada por grupos no profesionales, pero con un puesto innegable entre nuestro mejor teatro contemporáneo.

Ahora acaba de fallarse el Premio correspondiente al 68. Setenta y cinco obras a concurso. Diez o doce títulos finalistas de indudable decoro. Jurado coherente —que no es lo mismo que homogéneo—, elegido en función de la personalidad teatral de cada uno de sus miembros y no atendiendo al carácter de «representación» que pudiera corresponderles. Mucho tiempo por delante para leer. Y reunión en Alicante para releer y discutir espaciadamente sobre las obras finalistas.

Y ya, un Premio 68: «Tú, no importa quién». Abierta la plica, un autor: José Sanchis Sinisterra, catedrático de literatura en Teruel, director durante años del Teatro Universitario de Valencia y del Aula Teatral adjunta a la Cátedra correspondiente de la Facultad de Filosofía y Letras de dicha ciudad. Un estudioso del fenómeno teatral. Ponente en las Conversaciones Nacionales de Córdoba. Una de las personas que más veces ha señalado la necesidad de descentralizar la vida teatral española y enraizarla por igual —de abajo arriba— en todo el país, dentro de lo que cada núcleo permita.

«Tú, no importa quién» se ocupa de un tema fundamental: la solidaridad. Es, pues, obra dominada por un sentido ético y una voluntad de hacer preguntas al espectador. El protagonista es un individuo empeñado en ser útil a los demás, aunque, a la postre, su trabajo resultara inútil, justamente por haberse planteado «al margen» y no «dentro» de la sociedad. Aunque ésta no deje de ser una acusación problemática, porque lo cierto es que la «marginación» no es querida por el personaje, sino impuesta por los demás...

La obra funciona como teatro dentro del teatro, tomado el concepto desde una perspectiva brechtiana. Los actores montan la obra ante nuestros ojos, y a la historia «naturalista» acompaña siempre un coro interrogador, que la rompe, que pregunta, que crea el contraluz ético-político.

¿Se representará «Tú, no importa quién»? La edición ya está comprometida. Pero, ¿se representará? Y, de hacerse, ¿qué diremos unos y otros? ¿Diremos que se ha quedado ligeramente atrás respecto de los movimientos del teatro internacional, o, más realistas, habremos de señalar que está muy por delante de cuanto estrenan nuestros autores profesionales?

En fin, la obra de Sanchis Sinisterra está ahí, probando que hay más vida autoral española de la que, salvo contadas y, a veces, mal recibidas ocasiones, la escena española, tan respetuosa, testifica... ■ J. M.

YDIGORAS, EL FRANCO TIRADOR

Ataque a los Estados Unidos



una por su cuenta a través de su producción literaria. Sus libros han sido «best-sellers» en las tres últimas Ferias celebradas en Madrid.

Ydigoras acaba de publicar, tras múltiples peripecias, su obra «Los Usacos», difícilmente encasillable. Una obra de «política-ficción» tal vez, que alude muy directamente, a pesar del revestimiento simbólico imaginado por el autor, a hechos históricos, ideas y situaciones muy concretas. Y por sí la ingenuidad reinase en alguna zona de su audiencia, Ydigoras ofrece al lector, como complemento aclaratorio, un denominado «Diccionario Usaco», que disipa toda posible duda.

Lo que podríamos llamar «el ataque a los Estados Unidos», que alcanza ya dimensiones planetarias en todos los niveles, no parte siempre de los mismos supuestos ni persigue un único fin. Puede nacer de posiciones ultras, nutridas en la demagógica propaganda «goebbelsiana» desencadenada desde Berlín contra las potencias occidentales durante la segunda guerra mundial, y puede también provenir de sectores liberales y progresistas en radical contraposición con aquellas actitudes, ya caducas, por lo demás, aunque parezcan resucitar esporádicamente. Hay también otra plataforma que permite el disparo contra las estructuras norteamericanas: es la del hombre independiente que, por lo general, ha evolucionado desde las actitudes primeramente expuestas hasta una posición de francotirador con ambiciones justicieras y, en el fondo, quizá con una autojustificación de carácter moral. Tal es el caso del novelista Carlos María Ydigoras, un vasco que ha peleado en varias guerras y ahora hace

Si «Los Libertadores USAS», libro de denuncia frontal, revelaba un formidable esfuerzo en orden al acopio de datos, «Los Usacos» prueba el laborioso desarrollo de una traducción, a nivel de la fantasía, de la especial interpretación que Ydigoras otorga al proceso histórico del que somos testigos, y a la vez, desde luego, protagonistas. Esta singular parábola, sin precedentes por lo que respecta a su concepción, método y formulación, recibirá del público —al margen de su metateórica difusión primera— el mismo favor que «Los libertadores USAS». En mi opinión, algunos lectores le objetarán —además de la validez de la tesis sobre el imperialismo envuelta en este brillante ejercicio simbólico—, la caída de un excesivo barroquismo imaginativo en el intento de dar cuenta de hechos concretos muy palpables y transparentes incluso en la mediatizada versión de la prensa diaria. Pero el libro seguirá difundiendo bien porque la honesta voluntad de fondo que lo anima ha de encontrar resonancia en multitud de lectores. ■ E. G. R.

LAS ELECCIONES FRANCESAS

POR

PIERRE MENDES-FRANCE

Cuando De Gaulle pretendió resolver la crisis política francesa mediante un referéndum que constituía un plebiscito, dije: «Un plebiscito se combate». Todas las fuerzas de izquierda adoptaron esta actitud y el poder tuvo que capitular. En la actualidad nos encontramos no ya ante un plebiscito, sino ante unas elecciones. Hoy digo: «Unas elecciones se ganan». Y hay que ganarlas. Ya que nadie puede dudar de una cosa: los resultados del escrutinio tendrán, en cualquier caso, una influencia decisiva en la evolución política ulterior.

Las elecciones no resolverán ningún problema, es cierto. Pero crearán una situación nueva, darán una oportunidad a las fuerzas del progreso, facilitarán las únicas transformaciones que pueden responder a los problemas reales del país, a las exigencias profundas de sus conciudadanos, a su voluntad —pisoteada sin cesar— de tomar las riendas de su porvenir y de su destino, de romper con la sociedad del silencio y el desprecio.

Que se esté sobre aviso: esta sociedad del pueblo la rechazará de todos modos, un día u otro, si se encuentra enclaustrado en la desesperanza, aunque sea ornada por las consultas electorales falseadas y llevadas a cabo de cualquier manera y por promesas más o menos falaces. Pues no basta con prometer, hay que querer y hay que poder. Este régimen ni quiere ni puede, porque sus propios fundamentos son incompatibles con una organización diferente, más justa, más humana, de la sociedad. Las fuerzas del progreso, alentadas, apoyadas y animadas por el propio país, podrían, en contrapartida, emprender muchas cosas inmediatamente si el escrutinio les es favorable.

CONTRA LA TENTACION

Pero si ese escrutinio deja en su puesto a los hombres y equipos establecidos desde hace diez años, la función que corresponde llevar a cabo a la izquierda será irremediablemente postergada en su ejecución y, en consecuencia, sus objetivos se verán retrasados. Es por lo que todos cuantos son conscientes de sus responsabilidades de ciudadanos, de padres de familia, de trabajadores —y especialmente los jóvenes, interesados más directamente que nadie en lo que se encuentra en juego— deben, a pesar de las tentaciones de desánimo, lanzarse al combate y comprometer en él todas sus fuerzas para darle una solución victoriosa.

Si, Existe la tentación de pensar que, como en el pasado, las elecciones serán estériles y vanas. Existe la tentación de desinteresarse de ellas, de refugiarse en perspectivas más lejanas.

Tampoco yo me hago la ilusión de que una victoria electoral vaya a cambiar de pronto todo lo que debe cambiar. Pero el que el escrutinio oriente la evolución del país en el buen sentido más bien que en el malo no es indiferente, ni es indiferente el que se hagan posibles soluciones sanas o el que la política nefasta de estos últimos años se perpetúe.

Los comentaristas oficiales pretenden que no existe más que una alternativa:

o De Gaulle y el orden o bien el vacío y el desorden. Yo afirmo que esto es falso y que un análisis de las realidades concretas lo demuestra claramente.

De un lado está De Gaulle y el desorden, desorden que le acompañará de ahora en adelante, puesto que el desorden es inseparable de sus causas. Acontecimientos análogos a los de mayo de 1968 se reproducirán irremediablemente si el gaullismo sale vencedor una vez más. Del otro lado están, al alcance de nuestra mano, las soluciones de izquierda, que responden a las reivindicaciones que tan vigorosamente se han afirmado en las universidades y en las fábricas y permiten preparar esa vida a la vez generosa y moderna hacia la que tienden tantos hombres y mujeres en nuestro país. Estas soluciones pueden edificarse en un orden que no será el del silencio, que no será la apariencia engañosa y frágil de una sociedad abocada a la duda y el malestar, sino fruto de la adhesión, de la confianza y de la justa esperanza de todo un pueblo que habrá elegido libremente su propio destino.

ESTUDIANTES Y OBREROS

Todos los que aspiraban a la gran mutación de la segunda parte del siglo XX, todos cuantos se han rebelado contra las alineaciones políticas y sociales de nuestra sociedad, y especialmente todos los que se levantaron contra el régimen gaullista, su concepción del poder, sus instituciones y las estructuras políticas por él protegidas deben estar dispuestos a afrontar la situación nueva. Indudablemente estos hombres y mujeres constituyen una masa poco homogénea; con frecuencia sus jefes les han informado mal de las realidades, de las posibilidades, de las soluciones viables y de las opciones abiertas, de las tentaciones que deben ser evitadas. Indudablemente, también se han producido en su seno desacuerdos trágicos. Se habla de los desacuerdos que existen entre el partido comunista, la federación de la izquierda, el P.S.U. Mucho más graves son las disensiones, a veces traducidas en verdadera hostilidad, que han aparecido entre los estudiantes y una parte de la clase obrera, entre los hombres de la izquierda tradicional y los jóvenes de la nueva izquierda. Si siguen separados, por no decir hostiles, cuántas fuerzas se perderán, cuántas oportunidades se estropearán! La presencia de todos, a pesar de las antiguas querrelas, justificadas o no, y de las recientes incomprendiciones, sigue siendo indispensable. Sin nuestra total colaboración nada es posible.

Cierto que es difícil reconciliar una fracción de la juventud y otra de la clase obrera. Pero todos los que

tienen una responsabilidad en la izquierda deben trabajar con ese fin contra viento y marea, ya que la cohesión de las fuerzas de movimiento es una condición *sine qua non* de toda acción constructiva con vistas al porvenir. En este sentido he trabajado, incansablemente, en medio de desacuerdos y desconfianzas, lo que me ha llevado a decisiones que a veces fueron criticadas tanto de un lado como de otro. Pero mi convicción sigue siendo la misma. Continuaré trabajando en este sentido. Y, ocurra lo que ocurra, nunca formaré parte de una coalición que rechace o ignore a hombres que, aunque lo hayan olvidado, luchan contra las mismas alienaciones o a favor de las mismas emancipaciones.

La alianza necesaria de las fuerzas de progreso no debe rechazar ninguna colaboración, ni formular ninguna exclusión, con tal de que se base en el único criterio aceptable, el de un contrato sobre un programa. Con frecuencia he sostenido esta tesis. Por ejemplo, en el coloquio de Grenoble del 30 de abril de 1966, en el que dije, en términos que siguen siendo actuales: «No es admisible ninguna segregación, referida a quien sea, si conduce a rechazar colaboraciones y acuerdos útiles e incluso indispensables para la realización de una política bien definida y que se ha juzgado buena y saludable. Por el contrario, no puede justificarse ninguna alianza que asocie a hombres

y partidos que no hayan sido capaces de suscribir los mismos compromisos ante el país y el sufragio universales».

Existe otra dificultad y muy considerable: los movimientos universitarios y una parte importante de las masas obreras no han encontrado hasta ahora verdaderos intérpretes en el plano político. Ninguna organización ha expresado de modo satisfactorio y completo los sentimientos y las aspiraciones que se abrían paso entre los jóvenes, estudiantes, obreros o campesinos. Naturalmente, el partido mayoritario no podía ser portador de las aspiraciones y reivindicaciones populares; pero las formaciones y los partidos de oposición, incluso cuando han aportado su apoyo militante a los movimientos de masa de las últimas semanas, incluso cuando han realizado un meritorio esfuerzo en este sentido, no les representaban sino imperfectamente. De ahí la penosa impresión de impotencia expresada con frecuencia por los jóvenes. De ahí, a veces, su intención de no participar en el escrutinio del 23 de junio, lo que equivaldría en realidad a favorecer al partido en el poder. Si se pretende devolverles la esperanza, hacerles volver al trabajo, hay que hacerles una propuesta clara, mostrarles una salida. En lo que me concierne, quisiera decirles cómo yo la concibo.

Del próximo escrutinio pueden salir

dos mayorías: una que calcaría poco más o menos —quizá de un modo reforzado— la mayoría en el poder desde hace diez años, y otra que resultaría de la unión de las fuerzas de la izquierda.

Si las elecciones, por haberse realizado de cualquier manera y haber sido en gran medida falseadas, mantienen en el poder a los hombres que nos gobiernan desde hace diez años, volveremos a encontrarnos en la situación anterior, agravada por la ira y la desesperación de los que, durante unos días o unas semanas, han creído posible una mutación profunda, agravada también por el odio y el rencor de una derecha que ha tenido mucho miedo.

UN SOLO HOMBRE

En realidad, el gobierno y el régimen actuales no tienen tras ellos a la mayoría de los franceses, y ellos lo saben. Pero esperan añadir a sus efectivos lo que se ha llamado «el partido del miedo», es decir, la inmensa cohorte de electores que, siendo anti-gaullistas en el fondo de sus corazones, pueden aportar sus sufragios para evitar lo que ellos llaman «lo peor», sin saber muy bien, por otra parte, lo que esta palabra designa. Si la nueva mayoría se continúa de esta forma, podrá proclamarse la legalidad de su elección y del gobierno que la siga, pero será seguro, desde el primer día, que no responderá a la verdadera voluntad del país, que no traducirá la necesidad de renovación y de progreso. Y dado que esa necesidad se manifestará un día u otro, en condiciones desde luego imprevisibles pero de manera irresistible, puede afirmarse sin temor a equivocarse que la vuelta a una mayoría gaullista llevará a nuevas crisis, más graves aún que la precedente. El malestar obrero reaparecerá a pesar de las alzas nominales de salarios pronto anuladas por la inflación, el malestar estudiantil seguirá expresándose incluso si se han hecho vagas promesas de autonomía o de participación, el malestar del país entero persistirá, porque todos son conscientes ahora de la fragilidad de un sistema pretendidamente sólido y estable, pero cuya inconsistencia ha saltado a la vista en unas horas. Ha bastado que un solo hombre se ausente o que un día pronuncie un mal discurso...

Por ello, en el caso de que las elecciones del 23 de junio sean en último término favorables al partido gaullista, seguiremos reivindicando un cambio político fundamental en relación con las necesidades del país, con sus aspiraciones, cuya expresión, de hecho, habrá sido prohibida. Este cambio fundamental deberá ser preparado, en su día, por un gobierno de transición, símbolo y portador de la esperanza y la voluntad de acción que animan a nuestro pueblo.

¿Qué decisiones podemos esperar de este gobierno de transición? Las mismas, realmente, que podrían ser tomadas por un gobierno de izquierda cons-

